

A pesar de nuestra penuria, entran diariamente en Longwood sesenta libras de buey y treinta de carnero. No obstante, se quejan aún de la falta de manteca, que no les permite confeccionar repostería. En cambio, nosotros no podemos adquirir lo necesario ni pagándolo a peso de oro.

»Sin duda alguna que esta penuria proviene de la mala administración. El gobernador, preocupado y ocupado tan sólo en su prisionero, dejó la cuestión de subsistencias en manos del almirante Malcolm, y como éste ambicionaba suplantar a Howe, hizo cuanto pudo para concitar los ánimos contra él. Dejó zarpar tres transportes del gobierno que estaban destinados exclusivamente al abastecimiento de la isla, y enterado de ello el gobernador, le retiró la facultad de conceder licencias marítimas, aunque ya era demasiado tarde.»

Por entonces pudo el marqués de Montchenu comunicar a París que los huéspedes de Longwood le habían reconocido por comisario regio en funciones. Ocurrió así porque, como el Emperador regalase a la señora Bertrand unas cuantas acciones de los canales del Loing y de Orleans, quiso ésta cobrar los intereses, a cual efecto otorgó poderes duplicados, con las respectivas fes de vida, al notario parisiense Foucault de Pavant, pues desde la sentencia que condenó a muerte a su marido en rebeldía, disfrutaba de la libre administración de sus bienes. El intendente envió las fes de vida a la firma del gobernador, rogándole de paso que gestionara su legalización por el marqués de Montchenu. El general Gourgaud envió también a Europa dos fes de vida legalizadas por el comisario. No cabe duda de que Bonaparte tuvo conocimiento del envío, y sin embargo, no puso reparo a semejante reconocimiento implícito del comisario de Luis XVIII. Algunos meses antes le hubieran encolerizado tales diligencias.

Por entonces parecía el Emperador del todo indiferente a cuanto en su alrededor pasaba. Había caído en una especie de inercia moral, que, añadida a su inercia física, influyó nocivamente en su temperamento. «Está desconocido, —decía la señora Bertrand;— tiene las piernas muy hinchadas, y á menudo le sobrecoge sopor. Si ahora cayese en cama, difícilmente podría vencer la enfermedad.»

El abatimiento de Napoleón era tan grande, que no tenía humor

para intervenir en las chismorrerías de su reducida corte, cuyos individuos se odiaban profundamente. A estas luchas intestinas, que se renovaban día tras día y apesadumbraban al Emperador, añádiase la escasez de dinero, que, según dice el marqués de Montchenu, empezaba á notarse. «Se ha comido los cuatro mil napoleones que trajo y parte de la argentería. Han gastado cerca de 15.000 libras pagadas por el gobierno inglés durante el año último. El anterior costó poco más de 2.000 libras. Bertrand tiene colocadas en Inglaterra 14.000 libras esterlinas, cuyos intereses también se han consumido, y aunque Bonaparte le incita á cercenar el capital, no entiende él este lenguaje. Longwood está mejor provisto que la casa del gobernador, y no podemos adivinar en qué se gasta tanto dinero. Montholon, jefe superior de boca, decía días atrás al barón de Stürmer que, aparte de las provisiones, se gastaban 2.000 francos mensuales.»

La princesa Borghese y los hermanos del Emperador le habían ofrecido incondicionalmente su fortuna, que él no quiso aceptar en modo alguno, pues «como sabía que, á excepción de su madre y del cardenal Fesch, apenas tenían con qué vivir sus parientes, no hubiera consentido en serles gravoso» (1). Por lo demás, es muy difícil aceptar en este punto las aseveraciones del marqués de Montchenu, quien sólo podía tener datos imprecisos acerca de la situación pecuniaria de los habitantes de Longwood. Lo cierto es que el gobernador había dado de mano desde tiempo atrás á las mezquindades y tacañerías en lo concerniente á los gastos de la casa del Emperador, obediente con ello á las instrucciones de su gobierno, que le dió plena facultad de obrar según juzgase más conveniente al bienestar de Bonaparte. A este propósito le decía el gobierno: «Si creéis que la cantidad de 12.000 libras no basta para subvenir decorosamente á las necesidades de un general distinguido, quedáis facultado para complementarla á vuestro juicio.»

8 Enero 1818.— «Lo más interesante en esta miserable roca es el hombre por quien estoy en ella, pero los partes sanitarios no merecen mucha confianza, porque el que los firma no ve al enfermo (2), quien

(1) Thiers: *Consulado é Imperio*, t. XX.

(2) Alude verosimilmente al doctor Baxter.

ha declarado resueltamente que no le recibirá en calidad de médico, sino como particular, y que si le habla de medicinas, le volverá la espalda. Tampoco se confía á su médico de cámara, el doctor O'Meara, ó por lo menos guarda éste religioso secreto. Se supone que sufre un principio de obstrucción del hígado, pero nada se sabe de cierto, pues aunque se queja á menudo del costado derecho, no se ha dejado palpar por nadie ni siquiera permite que le hablen de ello. Sin embargo, como estos días le recrudecieron los dolores, ha consentido en tomar sales. Bertrand decía ayer, con trazas de consternación: «No sabemos si es que se le empieza á descomponer el cuerpo, porque nos tiene prohibido preguntar por su salud, pero los que le vemos diariamente notamos que decae de más en más. Está continuamente en sopor, y en nada se ocupa ni nada le interesa.» La señora Bertrand añadió: «Yo sólo he de cruzar el patio para verle, y sin embargo, no le veo nunca. En tres meses, he comido una vez con él, pues acostumbra á comer solo, sin recibir á nadie en su mesa.» Al general Sir Jorge Bingham, que antes le visitaba con frecuencia, le negaron por tres veces la entrada, y no ha vuelto desde entonces. Bonaparte sabe muy bien que el ejercicio le sería sumamente provechoso, pero se obstina en la negativa, so pretexto de que sería humillante ir acompañado de un oficial inglés. No siempre opinó de igual modo, porque al principio salía á menudo. Tiene ahora disponible un espacio de doce millas, por donde pasear sin compañía forzosa; pero él quiere toda la isla ó nada.

»Caviloso el gobernador por el quebranto de la salud de Bonaparte, le propuso suprimir el oficial, con la condición de que la víspera le dijera el paraje elegido de excursión y que había de estar de vuelta al sonar el cañonazo de la tarde. Bonaparte encontró esta proposición todavía más humillante, y en esto opino como él. Sin embargo, dada la situación de los retenes en la isla, no habría inconveniente alguno en dejarle ir solo, máxime cuando apenas puede andar, y no le sería fácil esconderse entre peñas. De todos modos, yo he representado enérgicamente al gobernador que ni las instrucciones recibidas ni su responsabilidad consienten dar á Bonaparte semejante suelta. La idea de responsabilidad atemoriza al gobernador hasta el punto de quitarle el sueño... Yo no tengo tanto interés en la custodia de Bonaparte, y

confieso sinceramente que me causaría sumo placer comunicar al rey la noticia de su muerte. Aunque el gobernador le tiene tanto cariño como yo, le asusta la idea de que se le pudiera achacar su muerte. Añadid á esto la pérdida de un destino remunerado con 12.000 libras esterlinas, aparte de los gajes cuatro veces más cuantiosos que recibe de la Compañía.»

Antes de concluir el año 1817 el comisario regio se enteró, por conducto del encargado de negocios de Francia en Río Janeiro, de que se temía una intentona de los partidarios de Bonaparte para arrebatarlo de Santa Elena y llevarlo á América (1). Sin embargo, poca mella hizo la noticia; porque las precauciones eran tales, que parecía en extremo difícil realizar semejante plan, y el crucero por la isla se efectuaba con tanta severidad, que ningún buque podía acercarse á las costas. Y aun suponiendo que por uno de esos vaivenes de fortuna que suelen favorecer las más quiméricas empresas, lograra el prisionero evadirse de Longwood, su estado de salud no le permitiría recorrer á pie, al través de peñascales, las dos ó tres millas que le separaban del mar. Tal vez contribuyera á esparcir voces de evasión la presencia de un buque norte-americano que se mantuvo mucho tiempo á la vela para abastecerse de provisiones. A este respecto, el capitán del crucero conferenció extensamente con el del barco norte-americano, que concluyó por decirle: «Bien sabemos que si Napoleón se evadiese vendría á nuestro país, donde, en verdad, tiene numerosos partidarios; pero la masa general de la nación es republicana, así como el gobierno, y por lo tanto, no fuera posible que una república y Bonaparte convivieran largo tiempo. No tenemos necesidad de revoluciones. También sabemos que sería más peligroso para el porvenir de nuestra independencia que se lo llevaran á las colonias españolas (2).»

(1) Véase el núm. 5 de los documentos justificativos.

(2) Idem id. núm. 6.— Carta del conde Molé al duque de Richelieu.